

La reconstrucción del discurso político: una propuesta metodológica

*Griselda Martínez V.
Rafael Montesinos*

Presentación

El objetivo de este ensayo es analizar metodológicamente la reconstrucción del discurso político, lo cual exige una reflexión sobre la ideología, el discurso y el poder, así como un tratamiento empírico del discurso. Se trata de presentar una breve discusión teórica que preceda la reconstrucción empírica del discurso político y que refleje, formalmente, la necesidad de cubrir la ruta metodológica cuyo punteo nos permita pasar de un tratamiento del objeto de estudio, de lo abstracto a lo concreto.

Este ensayo representa una propuesta metodológica para tratar empíricamente cualquier discurso, aunque en este caso, con el objeto de ejemplificar, haremos referencia al discurso empresarial que se inscribe en el complejo proceso de la transición mexicana.

La idea central es que si bien la ideología y su discurso se trata teórica y conceptualmente, la ciencia política y todas aquellas disciplinas interesadas en el análisis político moderno, como la sociología y la antropología, desarrollen instrumentos analíticos que permitan pasar de un elevado nivel de abstracción a uno de carácter más pragmático, cuya cualidad analítica permita descubrir el sentido de la fuerza de los actores políticos más relevantes en las coyunturas.

Ideología, discurso y poder

Uno de los aspectos más importantes en el análisis político es la identificación de los principales actores sociales que luchan por el poder, pues sin ello difícilmente se podría establecer la forma que adquiere la contienda política. La presencia de los *actores políticos* permite deslindar a la elite que está luchando constantemente por el poder, precisar cuáles son sus instrumentos de lucha, su discurso, con el objeto de precisar, más que el tipo de ideología que lo distingue de otros actores, lo que está realmente en juego: *el poder*.¹

La ideología plasmada en un discurso constituye el referente más preciso y efectivo para identificar a los actores sociales, pero sobre todo, para identificar el *proyecto de nación* por el que luchan. Se trata de reconocer, *grosso modo*, la influencia de los actores políticos en el rumbo que toma la transición. Esto es fundamental, pues en el caso de México, no sólo es posible hablar de una transición gradual que impulsa la clase dominante, sino de una transición marcada por la crisis, es decir, por situaciones económicas, políticas y sociales cuya presencia representa un conflicto en la reproducción del sistema social.

La ideología es fundamental, pues todo cambio va guiado por una confluencia de pensamientos respecto a la forma en que ha de resolverse la transformación de las estructuras sociales. De hecho, podríamos considerar dos ángulos de análisis: uno, cuya dirección capte la imposibilidad de dar continuidad a las estructuras del pasado, y dos, la crisis de las ideas dominantes que las justificaban y las nuevas ideologías que intentan predominar en el escenario político.

Todo orden está acompañado por una ideología dominante, un conjunto de pensamientos y creencias que lo justifican. En ese sentido, la ideología encubre los intereses de la clase dominante en el *proyecto de nación* que supone la defensa e incorporación del conjunto de los intereses de la sociedad. En ese sentido, para Thompson,

...estudiar la ideología es estudiar las maneras en las que el significado sirve para establecer y sostener las relaciones de dominación. Los fenómenos ideológicos son fenómenos simbólicos significativos en la medida que sirve, en circunstancias socio-históricas particulares, para establecer y sostener relaciones de dominación (Thompson, 1998:95).

¹ Ver, por ejemplo, una sugerente idea respecto del poder y lo político: "Lo político es dimensión intrínseca del lenguaje, coincidiendo con la alteridad histórica; pero, trasladado al plano de lo explícito y deliberado, determina actitudes y actividades que acentúan los contrastes implicados por la alteridad y que, en su conjunto, constituyen la política lingüística. En efecto, la misma alteridad del lenguaje une y opone" (Coseriu, 1995:23).

Se trata de definir a la ideología no sólo como una caracterización de los actores políticos, sino como forma de un instrumento de confrontación entre las clases sociales, pues es lo que permite determinar el grado de dominio de un grupo o clase social.

Por otra parte, es pertinente advertir que el discurso juega a manera de vehículo de la ideología, condición que hace indispensable identificar los sentidos, propósitos e intereses concretos. En el análisis político interpretaremos al discurso como lo sugiere Habermas:

Los discursos son actos organizados con el fin de razonar emisiones cognitivas. Elementos cognitivos tales como las interpretaciones, las afirmaciones, las explicaciones, y las justificaciones son ingrediente normal de la práctica de la vida diaria... éstas, aceptadas ingenuamente primero en su pretensión de validez, se transforman mediante fundamentaciones discursivas (Habermas, 1996:102).

Ésta es la clave para identificar cómo la ideología, proyectada a partir de un discurso, propicia que la sociedad adquiera alternativas a la ideología dominante. En el caso mexicano, se puede observar cómo la ideología de la Revolución mexicana, y por tanto de la *familia revolucionaria*, predominó en el *periodo posrevolucionario* hasta 1982, cuando claramente, en el campo de la economía, se advierte su debacle, en la medida que el *proyecto de nación* expresado en el modelo económico sustentó la política de Estado a partir de su participación económica directa y el resguardo de la planta de empleo, que en su proporción, definieron al *Estado benefactor* que prevaleció hasta entonces.

Esta ruptura en la transición representa un parteaguas en la discusión sobre la ideología dominante en el caso mexicano, pues el problema de su fractura en el terreno económico se da tanto al interior como al exterior de la elite política. La instauración de un nuevo proyecto económico para el país se legitima, por supuesto, a través de la justificación de la fracción de la elite política que había arribado al poder y que en última instancia tomó la decisión de cerrar el capítulo de la Revolución mexicana (la nueva racionalidad del Estado); y también por una ideología que prevalece en el entorno internacional, como es el ascenso del neoliberalismo tan de moda en los años ochenta; pero sobre todo, de manera muy significativa, por la coincidencia con el *proyecto de nación* que poseen los empresarios mexicanos.²

² Se trata de comprender la interacción entre todos los espacios sociales, los locales y los internacionales; sólo así se puede reconocer la influencia de lo mundial sobre lo nacional de paradigmas imperantes, cuyo vínculo explica, en muchas ocasiones, las formas que adquiere el discurso político de los

La ruptura a la que se hace referencia adquiere relevancia a partir de dos aspectos: 1) El relativo a un proyecto económico que se agota, y la evidente ideología que lo justificaba, así como la emergencia de un nuevo proyecto económico y la ideología que en lo sucesivo lo justificará. 2) lo que refleja el ascenso de una nueva clase política al poder, la *tecnocracia*, y su proximidad ideológica con las elites económicas del país. Esto último refleja una ruptura al interior del partido oficial, pero también la construcción de nuevas alianzas que de manera aparentemente contradictoria alcanza a las fuerzas políticas adversas al sistema.

La ideología vista como conjunto de enunciados “sistematizados” es lo que confiere al discurso de los actores políticos la posibilidad de proyectar ante la sociedad mensajes consistentes y aparentemente coherentes que puedan ser considerados como *proyectos de Nación* que los distinga de sus contrarios. Quiere decir que todo grupo o clase social encauzada en el escenario político para competir por el poder, necesariamente habrá de contar con un discurso mediante el cual establezca contacto con la ciudadanía que, en última instancia, decidirá a cuál opción dar su voto de confianza en los procesos electorales, donde se resuelven formalmente las contiendas políticas.

La coherencia del discurso deberá ser tal que haga aparecer al *proyecto de Nación*, al cual da forma, como un proyecto incluyente del conjunto de los intereses de la sociedad, ocultando los intereses del grupo o clase social que lo promueve. Así, la ideología no deberá ser analizada a la luz de juicios de valor relativos a la veracidad de los postulados ideológicos refrendados coherentemente con alguna teoría específica, sino a partir de las articulaciones entre cada una de sus partes, pero sobre todo, de las alternativas y críticas al *proyecto de nación* prevaleciente o a la ideología dominante que lo resguarda. En ese sentido, en el campo del lenguaje político, Coseriu señala que

es cierto que entre sus procedimientos puede contarse también, si no el simple “ocultar el pensamiento”, el falsear intencionadamente las cosas, pero en forma encubierta, es decir, el faltar a la verdad, pero con apariencia de decirla y, sea sin posibilidad de verificación de

diferentes actores en un escenario político nacional: “...dado que la historicidad del lenguaje es resultado de creatividad y alteridad y que las creaciones lingüísticas se difunden por adopciones sucesivas en el espacio y en los estratos socioculturales de la comunidad, toda comunidad lingüística mayor abarca una serie de comunidades menores. Ello significa que la alteridad histórica de los hablantes es necesariamente alteridad diferenciada y compleja. Dicho de otro modo, un individuo no pertenece a una sola comunidad, sino, aun dentro de la misma lengua histórica, a una serie de comunidades lingüísticas encajadas, por así decirlo, unas en otras o que se entrecruzan” (Coseriu, 1995:22).

lo dicho, sea amparándose en la posibilidad de que lo dicho se interpreta también de otro modo, en un sentido “inocente”, lo cual es lo propio de la insinuación (Coseriu, 1995:16).

La ideología aparece, entonces, a través de un discurso que se expresa mediante un conjunto de enunciados articulados, como un gran cuerpo de ideas y creencias sobre la realidad social, sobre el pasado, el presente y, sobre todo, un futuro alentador que promete la solución a las crisis actuales.

La contienda entre los adversarios se debate a partir de discursos políticos que fluyen en los medios de comunicación masiva, cuyo sentido intenta generar un consenso progresivo dirigido a combatir a la ideología predominante que justifica la permanencia en el poder de un grupo o elite política.³ Por ello, en el caso mexicano, cuando el proceso de transición ha iniciado, la ideología de la oposición pretende *desmitificar la ideología del partido en el poder*, hasta crear una crisis de legitimidad. La falta de credibilidad del régimen posrevolucionario se hace cada vez más evidente, hasta la emergencia de una *oposición real*, tanto de izquierda como de derecha, que da cuenta del deterioro ideológico de *la familia revolucionaria*. Entonces, el espacio perdido por la *ideología dominante* representa una fractura en las estructuras del poder, del proyecto de nación prevaleciente, de los líderes formales del partido dominante, de las propias alianzas, y sobre todo, de la representatividad social que anteriormente tenían.

Por ello es imposible pensar en el poder sin una ideología dominante, pues sin ella ningún sistema político podría legitimarse. En cuanto a la relación entre la ideología y el poder, Henrique Cardoso considera:

Las ideologías se relacionan con el poder, sea porque constituyen elemento funcional de su ejercicio, núcleo valorativo que da sentido a los que lo ejercen y en el caso de poder legítimo, criterio para la obediencia o expresión particular del modo de articulación de las clases (Henrique Cardoso, 1971:17).

³ Para comprender el papel que juega el discurso de los actores políticos que se reproduce en los medios masivos de comunicación consideramos lo que a ese respecto Thompson plantea: “Los medios de comunicación masiva no son simplemente uno de los distintos mecanismos que sirve para inculcar una ideología dominante; más bien, estos medios constituyen en parte el foro mismo en que ocurren las actividades políticas en las sociedades modernas, foro en el cual, y en cierta medida en relación con el cual los individuos actúan y reaccionan al ejercer el poder y responder al ejercicio del poder por parte de otros” (Thompson, 1998:143).

De esa forma es fácil deducir cómo la pérdida de consenso se rebela a partir de la decisión de las clases sociales de optar por otra alternativa política, diferente de la predominante. El ascenso o consenso que los discursos de la oposición van generando representan un proceso de *desmitificación-mitificación*, pues significa la crisis de la ideología dominante y el fortalecimiento político de la ideología emergente. Se trata de un proceso simbólico mediante el cual el *imaginario colectivo* desecha poco a poco todos y cada uno de los mensajes ideológicos transmitidos por la *burocracia política*, dando cabida mediante la credibilidad o la esperanza de que sea realidad lo que plantea un *nuevo proyecto alternativo de Nación* al que ha entrado en crisis (Montesinos, 2001).

La oposición ascendente, que va accediendo poco a poco al poder, crea una nueva ilusión en el *imaginario colectivo*, en el cual proyecta la idea de un futuro alentador, un futuro en el cual se regenera la certidumbre sobre el rumbo de la nación. Y es aquí, precisamente, donde se recrea la disyuntiva de la ideología, entre el carácter injustificado del conjunto o partes de sus creencias, en la medida que constituye una alternativa falsa (creación en el imaginario de una situación “ideal”) a la situación actual, y la posibilidad de materializar la ideología en un proyecto concreto, político, económico y/o social.

Los actores políticos que se enfrentan en el escenario nacional representan para los individuos la posibilidad de sentirse parte de una clase social, conforme creen que sus pensamientos o ideas son compatibles con lo que observan y escuchan en los escenarios públicos. Los individuos hacen suya la ideología que fluye en los medios de difusión masiva y que, lógicamente, están monopolizados por las elites políticas. Así, el discurso de los diferentes actores políticos dota a los individuos de una personalidad política al momento en que toman partido por una u otra ideología. Es en ese sentido que Villoro sostiene que:

Al adherirse a ellos, todos los individuos acaban aceptando el punto de vista de la clase y, dirigiendo su conducta por sus valores, se someten mentalmente a las creencias que favorecen y expresan los intereses de esa clase... El individuo cree obedecer en su comportamiento a ideas universalmente válidas y en verdad obedece, sin saberlo, al orden de dominio de una clase (Villoro, 1985:65).

Ello permite reconocer el carácter social de la ideología, pues no se trata de una construcción individual, sino de un proceso histórico, y por tanto social, el cual da origen a diferentes formas del pensamiento colectivo, a la ideología, que, en última instancia, representa al orden establecido. La diversidad de ideologías en un sistema político, cuya cobertura política normalmente no es muy diversa, son atemperadas en

relación con la ideología dominante, que invariablemente privilegiará los intereses de las clases económicamente dominantes sobre una amplia fragmentación de intereses que subyacen del conjunto de la sociedad.

Estas ideas son fundamentales, sobre todo, en aquellos casos donde los sistemas políticos transitan por la ruta de la democracia, y donde la propia madurez de la sociedad se observa a partir de una clara diversidad de actores que confluyen y coexisten en una lucha institucional por el poder. La pluralidad, precisamente, se expresa a través de discursos políticos presentes en la reproducción del *imaginario colectivo* a través del papel que juegan los medios de difusión masiva, cuya función fundamental es la construcción de corrientes de opinión pública que dirimen su sentido y su fuerza (en la socialización de las ideologías) en torno a la ideología dominante.

En una transición como la que ha vivido la sociedad mexicana, es evidente que podemos diferenciar no sólo dos discursos que reflejan diferentes formas de racionalidad del Estado, sino escenarios políticos que se han transformado radicalmente. En uno, anterior al parteaguas histórico de 1982, aparecen en el escenario político nacional actores que representan a las clases sociales legitimadoras del poder ejercido por la *familia revolucionaria* (obreros, clases medias y campesinas), mientras que el escenario posterior está marcado por la presencia de un nuevo actor político predominante en la coyuntura: los empresarios mexicanos, antes relativamente excluidos del juego formal de la política, es decir, de las tramas del sistema político electoral posrevolucionario.

Evidentemente, con el fin de sintetizar y con el objeto de llamar la atención sobre dos escenarios políticos claramente diferenciables, es necesario reconocer la complejidad de los escenarios que, en un breve lapso de 40 años, se transforma conforme emergen nuevas fuerzas políticas que hoy, al inicio del nuevo siglo, dan una forma democrática moderna al sistema político mexicano. En ese complejo proceso se advierte la presencia de actores políticos que legitimaron a la *burocracia política* instalada en el poder a lo largo del periodo *posrevolucionario* (obreros, clases medias y campesinos); pero también hace muy evidente su ausencia, que sobrevivió después de 1982 mediante la lánguida presencia del discurso oficial que Fidel Velázquez, líder del Congreso del trabajo, reprodujo hasta finales del siglo pasado.

Por su parte, otros nuevos actores políticos obtuvieron su lugar en el escenario político nacional, una sociedad civil que fue adquiriendo forma después de los sucesos políticos de los años sesenta, y que adquirieron materialidad posteriormente, sobre todo después de 1985, mediante una nueva forma de participación política: las denominadas organizaciones no gubernamentales (ONG). Y en la lógica de una sociedad que avanza institucionalmente hacia la democracia, la presencia de los partidos

de oposición que han logrado una presencia electoral significativa para el sistema, sobre todo después de 1988, cuando se observa la presencia de una *oposición real*.

A partir de este complejo proceso, cuya esquematización es posible a partir de la emergencia de nuevos actores políticos que superan a un sistema precariamente democrático, observamos también la larga trayectoria de un actor social cuya presencia juega diferentes papeles en el sistema político contemporáneo mexicano, el cual logra consolidar su posición en el escenario nacional en el periodo de transición cuando en el año 2000 obtiene significativos frutos electorales. En este periodo podemos observar la evolución de un actor político que no sólo adquiere forma mediante un discurso que recoge los principales mensajes de sus intereses de clase, sino que llega al poder: el empresariado mexicano.

Así, observamos cómo la madurez política de este actor social se expresa mediante un discurso que, en principio, refleja la consolidación ideológica de lo que ha de ser el *proyecto económico alternativo al que había reproducido la burocracia política mexicana* (Montesinos, 1991 y 1992). Y que, sin embargo, no ofrece la diversidad de un discurso que a finales de siglo ha dado forma a lo que podríamos considerar como un *proyecto de clase madurado* a partir de un ejercicio constante de la política. De hecho, el *proyecto de Nación* que los empresarios mexicanos dibujan a partir de su discurso es lo que desde siempre se ha considerado como lo más significativo de la *ideología de la derecha mexicana*.

El papel de los empresarios que es posible interpretar a través de su discurso, demuestra: 1) la definición de sus intereses de clase, 2) las demandas concretas que plantean al Estado y que éstas, 3) constituyen el elemento central de su cohesión política, 4) que logran generar el consenso necesario para que su proyecto de clase se constituya en un proyecto de nación legitimado puntualmente por el Estado mexicano.

Esto sugiere la consolidación de una identidad de clase a partir de la definición del interés compartido, lo cual articula, en el mismo sentido, su participación política. Tal interés se refrenda con demandas específicas que plantean al Estado, esperando ver cubiertos sus intereses de clase en la medida en que van generando mayor consenso en una población progresivamente politizada al paso de la transición. Esta unidad y coherencia en el *proyecto de nación* que dejan traslucir en su discurso les permite llegar al poder, después que han trabajado políticamente dentro y fuera del sistema de partidos. Su participación política se sintetiza a partir del papel que juegan en el sistema político mexicano las principales organizaciones empresariales, así como la participación empresarial tanto en organizaciones sociales de corte conservador (ONG) y su evidente participación dentro del PRI y el PAN.

Esta última expresión permite advertir que la clase económicamente dominante se compone de fracciones, lo cual refleja y explica el porqué de su participación apoyando al Estado mexicano (como es el caso de los empresarios más poderosos del país) y la participación histórica de los empresarios en el Partido Acción Nacional, por ejemplo, como lo demuestra el liderazgo de Clouthier, quien sin pertenecer a la selecta elite económica agrupada en el Consejo Mexicano de Hombres de Negocios (CMHN), simboliza la convergencia de intereses entre las diferentes facciones de la clase capitalista: grandes y medianos empresarios.

Un aspecto que nos permite comprobar el carácter social de toda ideología (dominante) es, precisamente, que se trata de un conjunto más o menos coherente que se transmite cotidianamente en el escenario político y que, poco a poco, va trasminando cada uno de los subsistemas sociales, vertiendo cuestiones de carácter económico, político y cultural. Como bien se puede interpretar a partir de la diversidad temática que tiene el discurso empresarial en los años noventa (Montesinos, 1997; Montesinos y Martínez V., 2000), este proceso subjetivo representa tanto la vulneración del orden establecido, si el proceso proviene de fuerzas políticas opositoras o la legitimación del régimen si ya se forma parte del sistema de dominación, situaciones acontecidas, primero, en la época en que se forma el Consejo Coordinador Empresarial (CCE), 1975, hasta 1988, cuando surge la *oposición real*, tanto de derecha como de izquierda; y la segunda, más nítida desde ese momento hasta los eventos electorales del año 2000 cuando asciende al poder el candidato empresarial Vicente Fox Quesada.

Este fenómeno es de vital interés para analizar el papel que juega la ideología, pues su dominio se refleja cuando los demás lo aceptan, al contemplarse como un planteamiento ideológico compartido que se usa para garantizar los intereses “generales” de la sociedad. Por eso la dominación se presenta en el *imaginario colectivo* como un fenómeno de confrontación ideológica que permite vencer, así sea momentáneamente, a *la burocracia política*, donde el PAN, bajo el liderazgo de su candidato a la presidencia, representa una nueva alianza política para desplazar del poder al Partido Revolucionario Institucional. Este triunfo aparece como una voluntad, como una forma de rebelión interclasista contra el orden establecido, mas no como una situación marcada por el predominio de las ideologías de derecha. En el caso mexicano, este proceso constituye la unificación de los intereses que la *familia revolucionaria* marginó a lo largo de todo el periodo *posrevolucionario*, y que a partir de 1988, por los dos polos de la geografía política, convergen para vencer a la elite política ensimismada en el poder.

En ese sentido es pertinente destacar si la ideología del partido desplazado del poder (PRI) representa una ideología divergente de la ideología que, finalmente, llega

al poder (PAN), o si se trata de la continuidad de una ideología predominante que mantiene excluidos los intereses inmediatos de las clases subalternas.

En el caso de la transición mexicana, en la medida que lo político se dirime principalmente a partir del papel que juega la *oposición real*, que en todo caso no es más que uno de los reflejos de la madurez política de la sociedad, los líderes arropados en las estructuras de los principales partidos políticos tienen la necesidad de recurrir, primero, en el caso del PRI, a la ideología heredada por la Revolución mexicana, al nacionalismo que justificó tanto el papel económico del Estado como la figura de un mercado “cerrado” a la competencia internacional, así como al compromiso popular de su partido, mientras, segundo, que las ideologías representativas de las fuerzas políticas de oposición intentaban cercenar los consensos generados por la *familia revolucionaria*, a lo largo de tantos años. Pero invariablemente, la ideología requiere de construir mitos que legitimen tanto a aquellos que mantienen el poder como aquellos que luchan por poseerlo. En dado caso, no existe otro instrumento que permita transmitir la ideología que no sean los discursos con los cuales los actores esgrimen sus argumentos, proponen proyectos, descalifican a los adversarios, se asumen como la opción real que puede controlar la transición. Como lo sugiere Balandier:

A los actores políticos del mundo actual se les imponen exigencias contradictorias —y, por tanto, papeles y figuraciones mal conciliadas—. En sociedades en las que prevalecen, o se hallan en vías de hacerlo, la técnica, la economía y la organización, estos personajes deben aparecer como capaces de dirigirlos. Se someten así a la racionalidad de la competencia; es en nombre de ésta que se fijan los límites de lo posible y de lo razonable, que se determinan los objetivos, que se escogen y adoptan las decisiones. Pero la aptitud no puede producir el efecto de poder si no es convocando a lo imaginario, lo irracional, lo simbólico, lo que es capaz de captar la atención de los gobernados. Esa es la ley del poder, la de siempre, pero que las circunstancias presentes hacen más difícil de aplicar (Balandier, 1994:124).

La transición mexicana nos permite observar cómo los discursos de los principales actores políticos van dando cuenta de la coyuntura, intentado refrendarse en el *imaginario colectivo*. Este es el complejo proceso que intentamos descubrir a partir del discurso empresarial que se plasma en el conjunto de mensajes cotidianamente emitidos por las principales organizaciones empresariales, como es el caso del CCE, Coparmex, Concamin, Canacintra y Concanaco, quienes con su participación en el escenario político brindan una espléndida cobertura del amplio abanico de la sociedad mexicana.

Quizá el ejemplo más importante al respecto sea el papel que juega la crisis en el *imaginario colectivo*; sin este fenómeno hubiera sido imposible construir un consenso contrario al *orden establecido* y, por tanto, al poder sintetizado en el PRI. Por su parte, la burocracia política intentaba generar expectativas positivas en la política económica del Estado, mientras las organizaciones empresariales *criticaban y censuraban* las decisiones de la *burocracia política*, situación que fue generando una opinión pública adversa al partido oficial.

De manera muy semejante, en cuanto al papel que juega el discurso, la *tecnocracia* justificó el giro de 180 grados que dio al modelo económico, intentando convencer que tenía la capacidad para sacar al país de la crisis; sin embargo, la fractura en el poder y la pérdida del consenso por parte del partido oficial no evitó la caída de un régimen que ya había rectificado la conducción económica y que satisfacía las demandas empresariales.

Este es el contexto de contradicciones que sirve como tierra fértil para el pensamiento empresarial, cuya posición se vio más favorecida desde que importantes sectores empresariales retomaran su participación en el Partido Acción Nacional. A partir de dicho proceso, los líderes empresariales panistas, Clouthier y Fox, lograron capitalizar el discurso empresarial antigubernamental a favor de ese partido que llegó progresivamente al poder a partir de 1989, con el triunfo electoral de Ruffo en el estado de Baja California.

El discurso como objeto de estudio

Ya que se ha analizado brevemente la relación entre la ideología, el discurso y el poder, es necesario definir la siguiente etapa del procesamiento metodológico para justificar la forma en que se construirá el instrumento empírico, cuya esencia fundamental es avalar una interpretación descriptiva que se sustente en el sentido político del discurso empresarial.

El principal problema lo constituye qué captar del discurso, pues en el conjunto de mensajes del que todo discurso político dispone, será necesario elegir el contenido realmente significativo para comprender no solamente los objetivos que persigue un actor político, sino aspectos centrales de la coyuntura. Sin ello, todo discurso aparecería descontextualizado y, por tanto, sin razón de ser en el proceso sociohistórico.

Entonces se trata, primero, de seleccionar el contenido relevante en función de las representaciones y, segundo, generar los procedimientos empíricos que nos permitan estimar el sentido real del discurso. Al respecto tenemos una idea de Habermas:

...las observaciones que pueden expresarse en oraciones descriptivas de un lenguaje relativo a cosas y sucesos pueden controlarse por procedimientos reconocidos, reducibles a mediciones físicas; en cambio la interpretación (en términos de comprensión del sentido) de formas simbólicas, como son las acciones, que pueden exponerse en oraciones descriptivas de un lenguaje relativo a las personas y a sus manifestaciones, no pueden operacionalizarse con la misma fiabilidad (Habermas 1996:23).

Como se puede observar, se requieren dos elementos del conocimiento que posibiliten definir el contexto en el que se ubica el actor y su discurso, así como un procedimiento empírico que permita ordenar coherentemente el contenido del mismo. Sin esto es imposible justificar lo que resulta relevante para el análisis político, lo cual se expresa a partir de dos niveles de análisis: uno de carácter teórico-conceptual (que alude al proceso sociohistórico, sin el cual es imposible interpretar los sentidos de la ideología y el discurso) y otro empírico (cuya utilidad se expresa mediante la posibilidad de captar el orden y sentido de los discursos).

Por otra parte, es fundamental tener presente que para fines esquemáticos, la comunicación, en general, se expresa a través de la relación entre el *emisor* y el o los *receptores*, quienes quedan en la posición de *retroalimentar* o *reformular* los mensajes emitidos. En ese sentido, la propuesta de la *teoría de los sistemas* resuelve las posiciones respecto al sistema de poder, pues es precisamente el discurso de los actores políticos lo que da forma al *sistema de entradas y salidas*. A partir del discurso político se plantean las demandas, las críticas, los consensos, etc., de tal manera que las diferentes temáticas explícitas en los discursos presentes en el escenario político nos permiten reconocer unidades temáticas mediante las cuales podemos detectar variantes y, por tanto, la diversidad de los mensajes.⁴

Tanto la coyuntura como lo que en los últimos años se ha denominado la *agenda política del Estado* adquieren forma a través de los principales problemas sociales, las demandas y posiciones que adoptan los actores políticos más relevantes. Un ejemplo de ello lo constituye el caótico entorno generado en el año de 1994, que pasó de la irrupción FZLN al secuestro de empresarios, así como el asesinato de Colosio a fines de marzo y el asesinato del secretario general del PRI en el mes de septiembre de ese

⁴ Ver, por ejemplo, una idea de Habermas muy sugerente al respecto: “Para ejemplificar la posición contraria a la teoría individualista de la acción cabe recurrir hoy a este tipo de teoría sociológica de carácter sistémico (Deutsch, Parsons, Luhmann) que tiene en cuenta la circunstancia de que el plexo de normas vigentes va más allá del sentido que subjetivamente le dan aquellos que actúan bajo las normas. Los sistemas se introducen como unidades que pueden resolver los problemas que se les plantean mediante procesos subjetivos de aprendizaje” (Habermas, 1996:30).

mismo año. Es decir, una coyuntura amenazada por una violencia que se vio reflejada en los discursos de los más significativos actores políticos: el ejecutivo, las principales organizaciones empresariales, ONG identificadas con la causa zapatista, intelectuales de derecha, centro e izquierda, así como, desde luego, los principales partidos políticos.

La violencia representó, entonces, un referente, o una unidad temática en el discurso político de ese año. Las posiciones de los actores políticos manifiestas en su discurso permitían distinguir las posibles alianzas y las posiciones adversas que, bajo la *unidad temática de la violencia*, reflejaba cómo se esgrimía una retórica ideológica que aprovechaba la coyuntura para hablar de la democracia, la representatividad, el sistema de partidos, etcétera.

Es en el contexto de un escenario político más plural, un escenario abierto a la contienda ideológica cuyo sentido adquiere forma a partir del discurso de los principales actores políticos presentes en los medios de difusión, que finalmente se genera un ambiente de hostilidad para los planteamientos de la izquierda. Tanto el discurso del ejecutivo, así como el discurso empresarial, fueron los pilares que promovieron el *voto del miedo* que en 1994 dio el último triunfo electoral al PRI.

Evidentemente, se da, desde el poder, una *teatralización* que permitió el reforzamiento de este ambiente a partir de una estrategia mucho más compleja que el solitario discurso de los principales actores políticos de esa coyuntura, pues los mensajes no hubiesen adquirido la cobertura que tuvieron sin la participación de los agentes que monopolizan los medios de difusión, y los principales capitalistas que pagaban inserciones en los principales periódicos del país. Al respecto, adquiere relevancia una idea de Balandier: “Sin la televisión, la radio, la prensa de gran tirada, esta teatralización de la democracia perdería su alcance nacional, sería trasladada a una multiplicidad de escenarios locales” (Balandier, 1994:120).

Se trata, entonces, de una etapa de modernidad que se expresa en los escenarios políticos, tanto nacionales como internacionales, mediante los medios de difusión masiva, donde fluyen todo tipo de discursos ideológicos, mismos que se suman al carácter noticioso que obviamente reproduce, cotidianamente, los cambios generales del mundo, donde la política juega un papel privilegiado. En ese sentido va la siguiente idea de Thompson:

La producción y circulación de formas simbólicas en las sociedades modernas es inseparable de las actividades de las industrias de los medios. El papel de las instituciones en los medios es tan fundamental, y sus productos son rasgos tan penetrantes en la vida cotidiana, que es difícil imaginarse lo que sería vivir en un mundo sin libros y sin periódicos, sin radio y televisión, y sin otros incontables medios a través de los cuales las formas simbólicas nos son rutinarias y continuamente presentadas. Día a día, semana a semana, los

periódicos, la radio y la televisión nos presentan un flujo constante de palabras e imágenes, información, ideas, relacionados con los sucesos que ocurren más allá de nuestro medio social inmediato (Thompson, 1998:241).

De hecho, la teatralización que acompaña a la transición mexicana, y en la cual son imprescindibles los actores políticos que imprimen sus discursos en el escenario nacional, ha sido uno de los parámetros para mediar la “modernización” del sistema político mexicano. Tal situación tuvo su mayor expresión en la contienda electoral del año 2000, donde el manejo de los medios de difusión masiva, sobre todo la televisión, representó la mejor estrategia para derrotar a un sistema que se resistió, en los últimos años, a comprender que no es posible sostener, indefinidamente, una evidente ruptura (incoherencia) entre el discurso y una política de Estado que dejaba al margen las condiciones de vida del grueso de la sociedad mexicana.

Otro aspecto fundamental para el análisis político es el carácter cambiante del discurso, condición que responde a la calidad dinámica del proceso sociohistórico. Esto refleja todavía más la complejidad de un elemento analítico que, finalmente, adquiere su expresión como parte de un proceso social, como elemento viviente, al grado que en ocasiones pareciera posible dar forma a los escenarios políticos a partir, exclusivamente, de los discursos, marginando el papel que juegan los actores sociales, quienes, en última instancia, son los sujetos de la propia historia, y por tanto, elementos actuantes en los procesos de cambio que, sobre todo, se viven en estas últimas décadas. En ese sentido va dirigida la siguiente crítica de Habermas:

...tanto el estructuralismo como la teoría de los sistemas, entienden la sociedad de suerte que ésta es generada mediante estructuras subyacentes como un plexo. Bien de formas simbólicas, bien de flujos de información. Las estructuras profundas son en ambos casos estructuras exentas de sujeto. Representan sistemas anónimos de reglas que en el caso del estructuralismo se representan conforme al modelo de la pragmática del lenguaje, y en el caso de la teoría de sistemas, conforme al modelo de sistemas autorregulados (Habermas, 1996:32).

Sin embargo, habrá que contemplar que se trata de una crítica dirigida a quienes están concediendo demasiado peso a las estructuras sociales, es decir, a politólogos, antropólogos y sociólogos que interpretan éstas como *relaciones sociales cosificadas*, desprovistas de una autonomía a partir de la cual, la dinámica social es producto del “propio” intercambio entre las estructuras que dan forma a una sociedad. Es el caso de interpretaciones como las planteadas por Luhmann, en su trabajo sobre la *teoría de los sistemas*, donde evidentemente, la relación entre los *subsistemas* pare-

ciera que tiene una dinámica propia, ajena a los agentes colectivos e individuales de la sociedad (Luhmann, 1991). Ello refleja la influencia de las ciencias biológicas e informáticas en la *teoría de los sistemas* que se aplica en las ciencias sociales.

Por tanto, si el discurso debe ser tratado analíticamente como un parámetro revelador de las relaciones que los actores sociales construyen en el escenario político, constituyendo así un elemento cambiante que expresa simbólicamente la posición, objetivo e interés concreto de una clase social o un actor político en un momento determinado del proceso sociopolítico en el cual se inscribe, también es cierto que su forma y expresión debe estar sujeta a una restricción temporal, pues fuera de un punto del proceso sociohistórico, perdería su razón de ser al no corresponder a una coyuntura concreta. Evidentemente, hablamos del nivel empírico del discurso político donde, contemplando la estructura ideológica del actor social que lo detenta, se ha de reflejar la problemática nacional del momento en que se instrumenta, en el momento preciso que fluye en los medios de difusión masiva, en el cual constituye uno de los referentes en la construcción del *imaginario colectivo*. Así, el discurso político expresado en un momento concreto del proceso sociopolítico, y sólo así, representa la continuidad, en el caso mexicano, de la transición. De esa manera, el análisis del discurso político tendrá que reflejar una causalidad histórica cuyo sentido se aprecia como consecuencia de un proceso cambiante que enlaza la relación pasado-presente-futuro. Esta relación cambiante de la expresión concreta del discurso es lo que permite dar cuenta, a partir de los actores políticos, del rumbo que adquieren los procesos sociales, del sentido político de los actores más relevantes en el escenario nacional (Montesinos, 2001).

Entonces, la política, la *praxis* política de los actores, ha de reflejar el proceso de aprendizaje que permite rectificar las posiciones ideológicas que, en última instancia, reflejan cómo los actores se van adaptando a las circunstancias impuestas por la coyuntura. Sin importar si se trata de un actor político predominante o de uno que lucha por influenciar en la construcción de los consensos, esta situación es la que permite explicar cómo el discurso de un actor político cambia en el tiempo, lo cual ha de comprobarse mediante el análisis empírico del discurso y la coyuntura.⁵

⁵ Ese es el sentido que se desprende de la siguiente idea de Habermas: “Las cosas y sucesos se mueven en el tiempo y espacio físicamente medibles. A las formas de objetividad de los cuerpos en movimiento pertenece, junto con el espacio euclideo, un continuo abstracto de puntos temporales como dimensión de la medición del tiempo. Los ‘objetos’ de la experiencia sensorial tienen el poder de ser identificados como puntos espacio-temporales” (Habermas, 1996:30).

El caso de discurso empresarial, sus cambios a lo largo de la transición, son reflejo de una gran capacidad de adaptación a los nuevos entornos políticos que va generando la transición. Se trata de un aprendizaje político a partir del cual los empresarios posicionan a su ideología en el escenario nacional el cual, al ser redefinido por el proceso de la transición, abre nuevos espacios en las estructuras del poder. Es la tensión generada por las posiciones de los principales actores políticos la que propicia los *reequilibrios del poder* que ven, por un lado, sucumbir a actores políticos privilegiados en el pasado inmediato, y por otro, surgir a nuevos actores que poco a poco van desempeñando un papel protagónico en el desenlace de los escenarios en constante cambio: *es el caso del empresariado mexicano*.

El discurso empresarial: como ejemplo de la propuesta metodológica

Para realizar el análisis del discurso empresarial de 1997, que aquí se toma como ejemplo, se construyeron *tablas de frecuencia*, primero, para observar cuál es la presencia de cada una de esas importantes organizaciones empresariales,⁶ en este caso: CCE, Coparmex, Concamin, Canacintra, Concanaco, así como el *discurso general* que por este conducto presenta el sector empresarial. Como se puede observar en la tabla 1, la organización que tuvo mayor presencia en la prensa nacional fue el CCE (31.6%), al tiempo que las demás organizaciones oscilaron entre 18.7 y 14.6%, reflejando la jerarquía de la primera y la homogeneidad de las segundas.

Esto mismo se tendría que aplicar a cualquier caso donde la coherencia entre la participación del actor político y el espacio que le corresponde en el escenario nacional sean tan coherentes como en este caso. Por ejemplo, si se tratase de partidos políticos, se podría definir cuál de ellos tuvo mayor presencia en los medios de difusión y, a partir de ahí, deducir su influencia en la preferencia electoral de la ciudadanía. Y en todo caso, el especialista tendría que decidir si entran en el análisis todos los partidos políticos registrados o en proceso de hacerlo, o simplemente los más signifi-

⁶ Como ha señalado Rafael Montesinos en diversos trabajos, la ausencia del Consejo Mexicano de Hombres de Negocios (CMHN) se debe a que esta organización empresarial evita al máximo hacer públicas sus declaraciones. De tal manera, si las pocas que registra la prensa nacional formaran parte de las tablas de frecuencia, su baja presencia sugeriría que se trata de una organización imprescindible en la conformación del discurso político del empresariado mexicano.

cativos, en la medida que a partir de ellos se podría obtener una visión amplia del espectro político mexicano, que cubre desde la izquierda hasta la derecha.

Evidentemente, la presencia puede diferenciarse en sentido retrospectivo, ya sea que ésta aumente o disminuya (como, por ejemplo, en el caso del discurso obrero), según sea el papel que juegue el actor social en el proceso político o, como en el caso mexicano, del complejo proceso de transición.

a) La identificación de las variables

El segundo paso es identificar las variables que adquiere el discurso con el objeto de hacerlo más nítido para el análisis. Así se podrá definir su posición respecto a sus aliados o adversarios, diferenciando los aspectos políticos, económicos y sociales, a que da mayor importancia, dando, por tanto, los primeros trazos del proyecto de nación que promueva mediante su discurso.

En este caso, el discurso empresarial se divide en *a) Censura; b) Demandas; c) Economía; d) Ideológico-político, e) Apoyo* (ver tabla 2). La diferencia en la composición del discurso refleja, al menos, una transformación radical que explica el cambio de la posición empresarial respecto al Estado. Como se pudo observar en 1985 (Montesinos, 1991 y 1992), en términos generales, el discurso empresarial dirigió 29% de sus declaraciones a la variable *Censura*, mientras que en 1997, tan sólo 5.2 %. Esta situación responde, evidentemente, a que en 1985 la figura de Estado benefactor que persistía en el país provocaba una posición beligerante de los empresarios contra la *burocracia política*, mientras que en los noventa las evidencias del modelo neoliberal que promovió la *tecnocracia* posibilitó el respaldo total en las cuestiones básicas de las decisiones gubernamentales.

En todo caso, es de llamar mucho más la atención que sea precisamente el CCE, la organización empresarial cúpula de cúpulas, la que hubiese mantenido el perfil más bajo en la variable *Censura* (2.7 %).

En esa misma lógica, se observa cómo esta disminución en la composición del discurso tiene su desplazamiento a la variable *Demandas*, la cual alcanza 44.9% en el discurso general. Esto es fundamental, pues en una lógica sistémica las demandas de los actores sociales representan la parte de las *entradas (inputs)*, además de dibujar una parte sustancial del proyecto de nación que promueven, así como el sentido de su poder que se encamina de manera muy concreta a demandas de carácter económico. La pregunta básica es: ¿hasta qué grado el rumbo que toma el proyecto de nación responde a las demandas de los actores políticos, o hasta qué grado el gobierno considera las demandas del sector empresarial en la toma de decisiones?

Tabla 1
Frecuencias de declaraciones

<i>Organización</i>	<i>Declaraciones</i>	<i>%</i>
CCE	132	31.6%
Coparmex	78	18.7%
Concamin	70	16.7%
Canacintra	61	14.6%
Concanaco	77	18.4%
Discurso empresarial	418	100.0%

Tabla 2
Variables del discurso empresarial

<i>Organización</i>	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>	<i>D</i>	<i>E</i>	<i>Total</i>
CCE	2.7%	42.9%	29.1%	24.7%	0.5%	100.0%
Coparmex	4.1%	48.8%	14.9%	31.4%	0.8%	100.0%
Concamin	8.9%	47.5%	19.8%	22.8%	1.0%	100.0%
Canacintra	8.9%	44.4%	20.0%	23.3%	3.3%	100.0%
Concanaco	3.9%	41.7%	22.3%	32.0%	0.0%	100.0%
Discurso empresarial	5.2%	44.9%	22.1%	26.8%	1.0%	100.0%

Variables

- a) Censura
- b) Demandas
- c) Economía
- d) Ideológico-político
- e) Apoyo

Tabla 3
Variable Censura

<i>Organización</i>	<i>Corrupción</i>	<i>Ineficacia gubernamental</i>
CCE	0.0%	100.0%
Coparmex	4.0%	60.0%
Concamin	10.0%	90.0%
Canacintra	12.5%	87.5%
Concanaco	33.3%	66.7%
Discurso empresarial	16.1%	83.9%

Tabla 4
Tabla de la variable Demandas (%)

<i>Organización</i>	<i>b.1</i>	<i>b.2</i>	<i>b.3</i>	<i>b.4</i>	<i>b.5</i>	<i>b.6</i>	<i>b.7</i>	<i>b.8</i>	<i>b.9</i>	<i>b.10</i>	<i>b.11</i>	<i>b.12</i>	<i>b.13</i>	<i>b.14</i>	<i>b.15</i>	<i>b.16</i>	<i>b.17</i>
CCE	32.1%	2.6%	1.3%	5.1%	0.0%	1.3%	43.6%	2.6%	10.3%	9.0%	12.8%	2.6%	15.4%	0.0%	12.8%	2.6%	0.0%
Coparmex	42.4%	0.0%	0.0%	3.4%	0.0%	1.7%	33.9%	1.7%	18.6%	1.7%	10.2%	10.2%	8.5%	1.7%	6.8%	1.7%	0.0%
Concamin	20.8%	6.3%	0.0%	8.3%	2.1%	0.0%	33.3%	4.2%	14.6%	10.4%	14.6%	6.3%	8.3%	0.0%	16.7%	0.0%	2.1%
Canacintra	17.5%	2.5%	0.0%	2.5%	0.0%	27.5%	27.5%	12.5%	10.0%	22.5%	10.0%	2.5%	15.0%	2.5%	10.0%	5.0%	2.5%
Concanaco	25.6%	2.3%	0.0%	0.0%	0.0%	2.3%	30.2%	7.0%	11.6%	18.6%	14.0%	7.0%	14.0%	0.0%	4.7%	4.7%	0.0%
Discurso																	
empresarial	29.1%	2.6%	0.4%	4.1%	0.4%	5.2%	35.1%	4.9%	13.1%	11.2%	12.3%	5.6%	12.3%	0.7%	10.4%	2.6%	0.0%

Demandas:

- b.1 Continuidad del proyecto económico
- b.2 Control inflacionario
- b.3 Reforma de la LFT
- b.4 Salarios sujetos a productividad
- b.5 Reforma al IMSS
- b.6 Modernizar la educación
- b.7 Nuevo marco fiscal y/o administrativo
- b.8 Financiamiento y/o infraestructura

- b.9 Acción eficaz del gobierno
- b.10 Apoyo a la micro y pequeña empresa
- b.11 Empleo y combate a la pobreza
- b.12 Seguridad pública
- b.13 Estabilidad
- b.14 Reforma del Estado
- b.15 Política monetaria
- b.16 Redefinir el modelo
- b.17 Banca eficiente

b) La identificación de las subvariables

El siguiente paso es descomponer las *variables* en *subvariables*, es decir, se tratan de reconocer los matices adquiridos por cada una de las variables con el objeto de definir la especificidad del discurso, de tal manera que bajemos de un nivel de descripción donde se ubique la diversidad de matices, y posteriormente, ubicar el aspecto que tiene mayor presencia.

El primer aspecto que habrá de rescatarse es que si bien la variable *Censura* había disminuido tanto, provocando que perdiera sentido analizar los matices de sus *subvariables* (en el discurso de 1985, se detectaron seis subvariables), poco a poco llamaba la atención que ese aspecto del discurso empresarial fuera dirigido hacia una crítica hacia la *corrupción* y la *ineficiencia gubernamental* (ver tabla 3).

En la misma lógica del cambio, de la madurez política de los empresarios y de la alianza política establecida con la *tecnocracia*, sobresale el hecho de que la diversidad del discurso en la variable *Demandas* adquiera una significativa expansión, de seis subvariables detectadas en el discurso empresarial de 1985 a 16 subvariables en 1997 (ver tabla 4). Además del aprendizaje en el quehacer político, del manejo discursivo para construir consensos, esto refleja cómo los discursos realmente significativos en el escenario político, siempre, reflejarán la coyuntura por la cual atraviesa el país.

Salta a la vista en el discurso general de los empresarios mexicanos que la demanda más socorrida de este actor político sea, primero, la implementación de un *nuevo marco fiscal y/o administrativo*, subvariable que atrae 35% de esta variable. Es decir, en la medida que constituye la *subvariable* a la que más recurre el discurso empresarial, de la variable más importante del mismo, no deja duda que se trata de un objetivo cuyo esfuerzo político buscará resolverlo, en lo fundamental. Este tipo de demanda aparece desde 1985 y se mantiene en todo ese tramo de la transición hasta el inicio de siglo.

Otro aspecto relevante es la presencia de la subvariable *b.1 Continuidad del proyecto económico* (29.1%) que refrenda el beneplácito del sector empresarial con el modelo económico adoptado desde 1992. Se trata, en el terreno político, de construir corrientes de opinión que generen consensos, de legitimar el modelo neoliberal, y por ello de combatir políticamente a las fuerzas de la oposición de este régimen. Destaca también, no por la presencia porcentual en el discurso, sino por su contenido simbólico, la demanda *b.11 Empleo y combate a la pobreza* (12.3%), esto es, una demanda que favorece a los sectores sociales, quienes en todo caso se

ven mayormente afectados por el desmantelamiento del modelo neoliberal. Entonces, la madurez política del empresariado mexicano se va proyectando con una *dimensión multiclassista*, lo cual hace aparecer a su proyecto de clase como un proyecto nacional, realmente representativo del conjunto de nuestra sociedad. Y ello le concede mucha mayor fuerza política para legitimar o deslegitimar al partido en el poder en turno.

En la variable *Economía* se observa, en esa recomposición del discurso que corre de 1985 a 1997, que pasa de 16% a 22.1%, aunque lo realmente significativo es la contradicción entre un *balance positivo de la economía* (47%) y un *balance negativo* (27%) por parte de los empresarios mexicanos. Pero en todo caso, llama la atención que sea la Concamin la organización empresarial que más recurre en su discurso a un *balance negativo de la economía* (ver tabla 5).

Por otra parte, ya ha sido evidente la desaparición en el discurso empresarial de las subvariables que se refieren a los balances o expectativas dirigidas al Tratado de Libre Comercio, donde, entre las dos posibilidades, no alcanzan siquiera un punto porcentual. ¿Será que se da por hecho el fracaso o desencanto de este tratado?

Respecto a la variable *ideológico-político* se observa que pasa de 15% en 1985 a 26.8% en 1997 (ver tabla 6), lo cual confirma el proceso de madurez política de este actor social quien, en las tensiones generadas por el proceso de la transición, ha desarrollado una gran capacidad para hacer aparecer su discurso como un gran transmisor de valores ideológicos que, poco a poco, van influyendo en el *imaginario colectivo* de nuestra sociedad; un clásico ejemplo, el de la cuestión de la *productividad y competitividad* que se inscribe en el espacio de las relaciones laborales: en el espacio concreto de las empresas.

También es el caso de las referencias dirigidas sobre las formas que deben seguir el sistema de partidos, sobre todo en los momentos más álgidos de las coyunturas electorales. En dichas contiendas, los empresarios siempre juegan un papel muy importante, sobre todo a partir del declive de la representación política “formal” de las clases trabajadoras.

Por último, cabe aclarar que la variable *apoyo* se ha desdibujado de manera muy visible, 1% en 1995 cuando en 1985 alcanzaba 15%, razón por la cual pierde sentido generar una tabla para analizar las *subvariables*. Sin embargo, es pertinente señalar que el apoyo de este actor político se deduce sin problema, a partir de cierto tipo de demandas, como es el caso, por ejemplo, insistimos, de *la continuidad del proyecto económico* y los *balances de la economía*.

Tabla 5
Tabla de la variable *Economía*

<i>Organización</i>	<i>c.1</i>	<i>c.2</i>	<i>c.3</i>	<i>c.4</i>	<i>c.5</i>	<i>c.6</i>	<i>c.7</i>
CCE	43.4%	24.5%	0.0%	0.0%	13.2%	39.6%	3.8%
Coparmex	44.4%	22.2%	0.0%	0.0%	5.6%	22.2%	16.7%
Concamin	45.0%	40.0%	0.0%	0.0%	15.0%	15.0%	0.0%
Canacintra	55.6%	27.8%	5.6%	0.0%	5.6%	16.7%	5.6%
Concanaco	56.5%	26.1%	0.0%	0.0%	4.3%	39.1%	17.4%
Discurso empresarial	47.7%	27.3%	0.8%	0.0%	9.8%	30.3%	7.6%

Economía:

- c.1 Balance positivo de la economía
- c.2 Balance negativo de la economía
- c.3 Expectativas negativas por el TLC
- c.4 Expectativas positivas por el TLC
- c.5 Perspectivas negativas de la economía
- c.6 Perspectivas positivas de la economía
- c.7 Economía informal

Tabla 6
Variable *Ideológico-político*

<i>Organización</i>	<i>d.1</i>	<i>d.2</i>	<i>d.3</i>	<i>d.4</i>	<i>d.5</i>	<i>d.6</i>
CCE	20.0%	37.8%	8.9%	28.9%	13.3%	17.8%
Coparmex	31.6%	36.8%	7.9%	23.7%	10.5%	10.5%
Concamin	21.7%	34.8%	4.3%	13.0%	4.3%	30.4%
Canacintra	38.1%	33.3%	9.5%	14.3%	0.0%	19.0%
Concanaco	39.4%	18.2%	0.0%	9.1%	0.0%	42.4%
Discurso empresarial	29.4%	32.5%	6.3%	19.4%	6.9%	23.1%

Ideológico-político:

- d.1 Sobre el papel de los actores sociales
- d.2 Sobre el sistema y partidos políticos
- d.3 Exhorta a elevar la productividad y competitividad
- d.4 Propone estrategias para enfrentar la crisis económica
- d.5 Promueve nuevos valores sociales
- d.6 Situación y ley de Cámaras

A manera de conclusión

La conclusión fundamental en el tratamiento metodológico del discurso político es que no debe ser exclusivamente, un trabajo empírico, pues su verdadera dimensión como instrumento analítico de la política la adquiere cuando se comprende el papel que juega como vehículo de la ideología, y por tanto de la relación que guarda con el poder. Es decir, que nos vemos obligados a un manejo mínimo de un marco teórico-conceptual que permita identificar, de la manera más nítida, el papel que juegan los actores sociales en los escenarios políticos, en la medida, que es el discurso quien da forma a las ideologías, y por tanto a los actores, permitiendo diferenciar las posibles alianzas y las adversidades insalvables entre ellos.

Por otra parte, es indispensable conocer el contexto sociohistórico en el que se producen los discursos, pues sin tal elemento las referencias teóricas perderían contundencia, ya que los instrumentos teóricos sirven y deben ir dirigidos hacia la reconstrucción de la realidad social, una realidad que normalmente se presenta al pensamiento como un espectro desordenado. Así que en esta relación teoría-proceso histórico debe hacerse evidente la coherencia, la consistencia que adquiere forma a partir del objeto de estudio elegido.

Por último, en el terreno del tratamiento empírico del discurso político habrá de exigirse, al menos, que se retrate la ideología del actor político elegido como objeto de observación. De ahí que sea necesario ordenarlo por variables, es decir, matices del discurso, y posteriormente, descomponer esas variables en subvariables, lo que permitirá identificar el nivel general del discurso, así como sus especificidades, que se articulan con lo político, lo económico y lo cultural.

De esa forma, se observa en el análisis del discurso empresarial, tomado como referente empírico de esta propuesta, la vinculación entre *subvariables* de *variables* diferentes, como es el caso, por ejemplo, de la demanda que exige la *continuidad del proyecto económico*, y el *balance predominantemente positivo* que hacen del modelo económico. La primera subvariable corresponde a la variable *demandas* y la segunda, a la variable *economía*.

Visto así, necesariamente, la teoría debe ser vertida sobre los aspectos de la política dejando ver su complejidad en la medida que permite comprender y ordenar los fenómenos políticos producidos en el proceso societal, lo mismo que el discurso político reflejará el papel jugado por los actores en las coyunturas históricas concretas. De tal manera, esta propuesta metodológica pretende constituir una propuesta general y, por tanto, aplicable a cualquier actor y sistema político.

Bibliografía

- Balandier, Georges (1994), *El poder en escena. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona, Paidós.
- Coseriu, Eugenio (1995), “Lenguaje y política”, en Manuel Alvar (coordinador) *El lenguaje político*, Madrid, CFE.
- Habermas, Jürgen (1996), *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios revios*, México, REI.
- Henrique Cardoso, Enrique (1971), *Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes (Argentina y Brasil)*, México, Siglo XXI.
- Luhmann, Niklas (1991), *Sistemas sociales. Lineamientos para una Teoría General*, México, UIA-Alianza Editorial.
- Montesinos, Rafael (2004), “La participación ciudadana en la “modernidad democrática”, revista *El Cotidiano*, núm. 128, noviembre-diciembre, UAM-A, México.
- (1997), “Empresarios, sistema político y corrupción en México”, revista *El Cotidiano*, núm. 81, enero-febrero, UAM-A, México.
- (1997), “El discurso empresarial 1994-1995: tendencias del poder”, revista *El Cotidiano*, núm. 81, enero-febrero, UAM-A, México.
- (1996), “Empresarios y el proyecto nacional. Una propuesta desde el poder”, revista *Bien común y gobierno*, núm. 22, septiembre, México.
- (1992), “Empresarios en el nuevo orden estatal”, revista *El Cotidiano*, núm. 50, septiembre-octubre, UAM-A, México.
- (1992), “El discurso empresarial en 1985”, en Cristina Puga y Ricardo Tirado (coordinadores), *Los empresarios mexicanos, ayer y hoy*, México, El Caballito.
- (1991), “La cultura política del empresariado en México (un análisis del discurso)”, revista *Sociológica*, núm. 17, septiembre-diciembre, UAM-A, México.
- y Griselda Martínez (2000), “Empresarios, neoliberalismo y las miserias de la transición”, revista *El Cotidiano*, núm. 100, marzo-abril, UAM-A, México.
- Thompson, John B. (1998), *Ideología y cultura moderna*, México, UAM-I.
- Villoro, Luis (1985), *El concepto de ideología*, México, CFE.